



## La vida en la calle

**J**OHN ONGAYA SIEMPRE TENÍA HAMBRE y eso le impedía obtener buenas calificaciones, así que decidió abandonar la universidad. Como sus padres eran agricultores muy pobres, solo tenían dinero para pagarle la matrícula y el dormitorio en la Universidad de Jaramogi, pero el muchacho no encontraba trabajo así que no tenía qué comer. Le daba miedo volver a su casa, pues pensaba que sus padres lo regañarían por dejar la universidad.

John metió la poca ropa que tenía en su mochila y se fue a la parada del autobús. Allí, un hombre le dio 200 chelines (2 dólares) para el pasaje. Al atardecer, John llegó a Kisumu, la ciudad más cercana. Allí no conocía a nadie y no sabía a dónde ir, así que se acostó al frente de una tienda que estaba cerrada para pasar la noche, pero no podía dormir porque tenía hambre.

—¡Ladrón! —le gritó repentinamente un hombre asomando la cabeza por la puerta de la tienda—. ¡Vete de aquí!

Era el dueño de la tienda, que vivía en el edificio.

John tomó su mochila y huyó. Comenzó a caminar hasta llegar a otra tienda donde dormían dos muchachos, llamados Rashid y Blacky, quienes lo invitaron a pasar la noche con ellos.

### BUSCÁNDOSE LA VIDA

Al amanecer, John tenía muchísima hambre. Sus nuevos amigos no tenían comida, pero sabían cómo ingeniárselas para conseguirla. Así que ayudaron a John a vender sus pantalones y su mochila, y con el dinero compraron *chapati* y frijoles a un vendedor en la calle, y compartieron

los alimentos. El *chapati* es un pan sin levadura que es muy popular en África Oriental y la India.

Al llegar la hora del almuerzo, los otros muchachos llevaron a John a una organización benéfica en la cual servían arroz y frijoles gratis a los niños de la calle. Al anochecer, le mostraron un hotel donde uno de los trabajadores les daba las sobras de pescado, tortas, *chapati* y *ugali* (una papilla de maíz), todo mezclado en una bolsa de plástico.

John no pudo encontrar trabajo ese día, pero se prometió a sí mismo que se esforzaría un poco más al día siguiente. Al amanecer, usó el dinero que le quedaba para comprar el desayuno. Una semana después, John había vendido todo lo que tenía para comprar comida, y aún no había conseguido trabajo.

Pasaron tres meses, hasta que un día John vagaba por las calles cuando vio a una multitud que estaba sentada fuera de una iglesia adventista. Vio a tres jovencitos que estaban sentados a la sombra de un árbol, así que se acercó a ellos y les preguntó qué estaba pasando. Ellos le dijeron que habían estado asistiendo a unas reuniones de evangelización todas las mañanas durante una semana y que aquella era la última reunión.

John se unió a ellos para escuchar. Se emocionó al oír al predicador, un hombre de Etiopía, hablar sobre Jesús. Y se sintió especialmente conmovido cuando el predicador expresó amor hacia los sin techo.

—Cuando vean a los jovencitos que viven en la calle, no los desprecien —dijo el hombre—. Ellos también son hijos de Dios, y no desean vivir en la calle.

## CÁPSULA INFORMATIVA

- La Iglesia en Kenia está compuesta por las Asociaciones de la Unión de Kenia Oriental y la de Kenia Occidental. Hay 6.185 iglesias y 3.621 congregaciones para un total de 988.243 miembros. El país tiene una población de 64.443.000 habitantes, lo que supone un adventista por cada 65 personas.
- La Universidad Adventista de África Oriental en Baraton fue fundada en 1980 y se convirtió en la primera universidad privada reconocida por el gobierno de Kenia en 1991. Imparte cursos de licenciatura y posgrado en Negocios, Educación, Ciencias de la Salud, y Ciencia y Tecnología.

Los cuatro muchachos aceptaron la invitación del predicador y se bautizaron.

### UN CAMBIO DE VIDA

Los hermanos les dieron la bienvenida a la Iglesia Central de Kisumu, y les ofrecieron una habitación en la casa de huéspedes de la iglesia, así como trabajo allí mismo. El único requisito era dejar las calles y estudiar cuando comenzara el nuevo año escolar.

A los cuatro les resultó difícil adaptarse a su nueva vida. De hecho, uno de ellos

se escapó a las dos semanas, y otro hizo lo mismo tres meses después. Antes de que comenzara el año escolar, el último jovencito que quedaba le dijo a John:

–Tengo 18 años y me da mucha vergüenza estar en quinto grado; yo también me voy a ir de aquí.

John, sin embargo, regresó felizmente a la universidad. Sus padres se llenaron de alegría y volvieron a pagar su matrícula y el dormitorio como antes, y con el dinero que la iglesia le daba, John cubría su comida y sus gastos. John se alegró mucho cuando se enteró de que cuatrocientos de los alumnos de la universidad eran adventistas y que tenían su propia iglesia allí mismo.

Hoy, John tiene 21 años y desea graduarse pronto y conseguir un buen empleo. “Quiero ayudar a otros muchachos que viven en la calle a comenzar una nueva vida con Jesús”, dice él.

*[Puede ver a John en el enlace [bit.ly/John-Ongaya](http://bit.ly/John-Ongaya). También hallará fotos relacionadas con este relato en: [bit.ly/fb-mq](http://bit.ly/fb-mq). Descargue fotos de alta resolución desde el banco de datos ADAMS: [bit.ly/Living-on-the-Street](http://bit.ly/Living-on-the-Street), y fotos de los proyectos del decimotercer sábado en: [bit.ly/ECD-projects-2019](http://bit.ly/ECD-projects-2019)].*